
LA IGLESIA ADMITE LA PLURALIDAD DE
MUNDOS HABITADOS.

No volveríamos nosotros á ocuparnos de la materia que forma el contenido de nuestra carta anterior, si en las forzadas confesiones que ha arrancado la ciencia á la frailería *docente*, no se palpara la insigne mala fe con que pretende hacer prevalecer sus nefandos embustes sobre verdades tan satisfactoriamente demostradas, cuando debieran cubrirse el rostro con ambas manos para ocultar su vergüenza; pero muy al contrario, profesa la doctrina de los criminales empedernidos, *Video meliora proboque, deteriora Sèquor*.

Los sabios astrónomos Camilo Flamarión y el Padre Sechi, arrancaron al penúltimo *infalible* la muy valiosa confesión de estar la iglesia docente de acuerdo con la pluralidad de mundos habitados; y por cierto que esta decisión romana, no pudiendo pasar desapercibida, levantó una terrible polvareda entre los creyentes y desde luego fué puesto en tela de juicio si había habido un pecado original en cada uno de los infinitos mundos que pueblan los abismos insondables del espacio; si la rebelión angélica pudo proporcionar suficiente número de ángeles caídos para ese infinito número de mundos, ó si para cada mundo hubo una

creación de ángeles y una rebelión celeste, y si no fué así ¿por qué el jefe de los insurrectos fué destinado á un mundo tan insignificante como la tierra? Supuesto este hecho se preguntaban los católicos: ¿cuántos millones de millones de redentores han sido necesarios para redimir á ese infinito número de humanidades delincuentes? ó de otro modo, ¿cuántos millones de millones de veces ha sido necesario que la segunda persona de la trinidad católica haya encarnado en otros millones de millones de vírgenes, puesto que por inducción ó rigurosa analogía, debe inferirse que así como en la tierra, ha debido hacerse en los mundos existentes hoy, en los que han existido en la eternidad y los que aún tienen que existir en la eternidad futura? y por último, ¿cuántos millones de millones de años han sido y serán necesarios para todo esto?

A esta tremenda polvareda, á esta explosión de dudas en el ánimo de los creyentes sinceros, era necesario acudir con la mayor diligencia para tranquilizar las conciencias tímidas, atadas todavía al insoportable yugo de la fe ciega, é impedir cuanto fuera posible que se propagara el indiferentismo y la incredulidad, ya fuera por el desacuerdo que ha reinado siempre entre la secta romana y la ciencia, ó ya porque con este motivo produjesen nuevas deserciones las causas ya existentes; es decir, esos misterios tan innecesarios como incomprensibles, esos dogmas ridículos y blasfematorios, verdadera antropolatría que tantos millones de víctimas ha costado á la humanidad, y esos mandamientos y preceptos que naturalmente se traducen en ambición de poder, de dominio y de riqueza.

Con este motivo se hizo una excitativa á las inteligencias ortodoxas para que trabajaran en conjurar el mal efecto causado, por una confesión inevitable, en el rebaño católico. Hicieron el gasto los oradores me

por reputados como el Padre Félix que, desde el púlpito de Nuestra Señora de París, enseñaba que Dios había creado millones de millones de mundos, pero que esta verdad en nada se oponía á la santa religión católica, apostólica, romana; y muchos sabios escritores como los abates Pioger, Moigno y otros varios, entre los cuales algunos, como el autor de las «Letres sur la Religion,» dejan percibir cierto olorillo muy semejante al de una nueva filosofía, de la que un entusiasta adepto nos ha querido persuadir de que esa escuela es el verdadero coco del sacerdotaje universal y la más poderosa palanca que ha de trastornar todas las religiones positivas.

Afirma Pioger que el *Santo Padre* felicitó calurosamente al abad Moigno por haber censurado á los filósofos antiguos que incidieron en el error geocéntrico; pero nosotros nos inclinamos á creer que la tal felicitación ha tenido por objeto premiar con la *infalible* aprobación, el grande esfuerzo de ingenio del sabio abad por justificar la conducta de la iglesia y hacer compatible la pluralidad de mundos habitados con el absurdo credo católico, lo cual estuvo muy lejos de conseguir, no obstante haber empleado, á propósito de la situación en que se encontraba y según se le presentaba la ocasión, las palabras catolicismo ó cristianismo, haciendo comparaciones y presentando hipótesis verdaderamente pueriles en boca de un hombre de tan clara inteligencia.

Pero ha padecido un grave error al suponer que hoy puede confundirse con sólo afectar disimulo la palabra *catolicismo*, que es el nombre que indebidamente se ha dado á la secta romana, con la de *cristianismo* que es el verdadero nombre de la que fundó el Cristo, y la cual lejos de oponerse á las conquistas de la ciencia moderna, encuentra su sanción en los libros sagrados,


y así vemos que la pluralidad de mundos se haya consagrada en muchos pasajes bíblicos como puede verse en la 2ª Epístola de San Pedro, c. III, v. 13, en que dice: «Pero esperamos en sus promesas cielos nuevos y tierra nueva en los que mora la justicia.» El mismo Jesús dijo, según San Juan, c. XIV, v. 2: «En la casa de mi padre hay muchas moradas; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho, pues voy á prepararos el lugar.» Esta sublime hipótesis es absolutamente inconciliable con las enseñanzas católicas, por más que los fabricantes de la redrosaca romana se esfuerzen en mantener á las víctimas de la fe ciega en el grosero error de que si la *encarnación* ni la *redención* se oponen á la pluralidad de mundos habitados.

Nos hemos detenido hablando sobre este terrible golpe dado por Flammarión al avejentado edificio católico, solamente porque en la conducta que ha observado la jarandina de sacristía, obligada á confesar esta verdad, ha presentado un flanco vulnerable, y ya herido, no ha podido ocultar su mala fe, ha presentado en relieve la falsedad del credo católico, el ridículo en que ha quedado el repugnante dogma de la infalibilidad de los pontífices, la decadencia indisimulable de la decrepita secta romana y la imposibilidad en que se hayan los adalides del engaño, para sostenerlo contra la verdad.

Con esta verdad científica, Flammarión ha hecho tambalear la superchería católica, que ya con las confesiones de que hemos hablado en nuestra carta anterior había quedado tan mal parada. Y ¿qué sucederá el día en que, arrastrado el sacerdotaje por la evidencia de los hechos, se vea obligado á confesar ser otra verdad la eterna palingeneria de Andrés Pezzani? No, eso no lo confesará ni el último monigote; cuando esta verdad sea aceptada y reconocida por todo el mundo,

se harán los suecos, como lo han hecho para salir del aprieto en que los hemos puesto con las terribles; pero incontestables verdades que les hemos arrojado á la cara, y seguirán haciendo que se aparezcan los santos y santas para coronarlos después, y urdiendó embustes, en los que realmente son maestros, para desbalijar á los crédulos, hasta que un día los gobiernos, contando, por medio de la instrucción, con la despreocupación de los pueblos, retirándoles su tolerancia, los mande á trabajar para que no vivan de holgazanes.

SUPREMACIA DEL PAPA.

 HEMOS dicho en varias de nuestras cartas anteriores, que la casta sacerdotal existe por sí misma, que por sí misma se regenera, sin otra autoridad que la que á sí misma se ha concedido, y sin otro derecho que el que asiste á un bandido de encrucijada para desbalijar á los caminantes.

Como no pudimos esperar que la jarandina clerical ó sus polinches, guardaran silencio sobre un asunto tan capital, guardamos, para la réplica, las razones que servían de apoyo á nuestra opinión; pero hoy, convencidos de que ni sobre esto, ni sobre otras verdades de mayor peso han podido ni podrán contestar razonablemente, y además, no siendo nuestro propósito convertir á esa falange de malhechores, porque esto sería pretender un imposible, sino probar hasta la evidencia que la secta romana no es otra cosa que un asqueroso arlequín, compuesto de plagios, robos, embustes, trampas *piadosas*, repugnantes socialiñas, para desnudar, en nombre de Dios, á cuantos han tenido la desdicha de caer en sus redes, pasamos á exponer esas razones:

Los primitivos cristianos, llamados nazarenos hasta el año catorce de nuestra era, según Bernardo Tesaurarius, *De acquisitione terræ sanctæ*, c. 27, celebraban

sus asambleas en la casa de alguno de sus adeptos, y para el régimen interior de ellas se nombraba en cada uno de estos grupos cristianos, á pluralidad de votos, á quien por sus cualidades morales, instrucción en la doctrina y fácil palabra, creían á propósito para ser instruidos por él, y se le llamó obispo, de la palabra *episcopi*. Del mismo modo era nombrado un ecónomo ó tesorero, á quien se le llamó diácono, cuya misión era la de recoger los donativos y limosnas de los asociados para la distribución que de ello se hacía entre los menesterosos: pero este encargo no confería á los nombrados autoridad alguna sobre sus demás hermanos. Estas pequeñas sociedades crecían y se multiplicaban, y de allí vino la necesidad de nombrar nuevos obispos de mayor instrucción que uniformasen la observancia de la doctrina cristiana, que aún no era bien comprendida en muchas congregaciones; y nuevos diáconos que dirigiesen á los de las pequeñas comunidades, para la mejor administración del tesoro de los pobres. Este fué el primer paso que imprimió cierta superioridad de los unos sobre los otros.

El cristianismo, que pronto completará 19 siglos de haber nacido en un oscuro rincón de Galilea, es una religión verdaderamente laica, fundada sobre las bases de la igualdad, la pobreza y el desprecio de los bienes terrenales; en ella se condena al rico avariento, en ella se afirma que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico se salve: en ella, instruyendo el Maestro á sus discípulos, les previene que no guarden para el siguiente día sus provisiones, y condenando las bastardas ambiciones de aquellos que, creyéndose superiores á sus hermanos, intentaran sobreponerse á ellos y constituirse en directores, les dice:

«No he venido á que me sirvan sino á servir.»

«No habrá entre vosotros ni primero ni último.»

«El que quiera ser elevado que se humille.»

«El que quiera ser el primero sea el último.»

Si, pues, el mismo Jesucristo no se dió otro título que el de Maestro, ni llamó á sus apóstoles con otro nombre que el de discípulos, ¿en qué derecho podrán fundar los fabricantes del catolicismo la legitimidad de la existencia de esa dilatada gerarquía sacerdotal? ¿Dónde está la justificación de su origen, siendo como son, una protesta viviente contra las enseñanzas cristianas, y estando en absoluta contradicción en todos sus actos con la conducta de sus apóstoles? San Pedro y San Pablo ganaban el sustento con el trabajo de sus manos, lejos de *devorar el pueblo de Dios*, para servirnos de las palabras del Salmo LII, y ninguno de los apóstoles intentó sobreponerse á los demás.

En los primeros siglos del cristianismo, el título de papa era común á todos los obispos, lo mismo que el de Soberano Pontífice dado por Sulpicio Severo á San Martín de Toursy, como antes hemos dicho, este título no determinaba una dignidad ni importaba una superioridad real. San Dionisio de Alejandría y San Atanasio se servían de este título para designar al obispo de cualquiera iglesia, y aún el mismo clero romano, escribiendo á San Cipriano, obispo de Cartago, ponía á sus cartas esta dirección: *Ad Ciprianum papam*.

La supremacía del Papa romano encuentra su absoluta reprobación en las mismas palabras del Salvador, que antes hemos citado; pero tan terminantes declaraciones nada significaban ante la desenfrenada ambición de dominio de los *Vicarios de Dios*, y ya en el siglo IV, el obispo de Roma comenzó á hacer valer sus pretensiones á la supremacía de la iglesia. En el 2º Concilio ecuménico de Constantinopla (381) se afirmó, nadie sabe con qué motivo, que en el de Nicea-

en su Canon IV, se había concedido la supremacía sobre todos los obispos cristianos al de la ciudad eterna. En este mismo Concilio de Constantinopla fué electo obispo, con agravio de San Gregorio que lo era de aquella diócesis, Nectario, y declarado el 1º después del de Roma, pero esta pretensión, objeto de la ambición de los obispos romanos, no vino á alcanzar su general sanción sino hasta el advenimiento de Gregorio VII (1073) quien, como hemos dicho en alguna de nuestras cartas anteriores, elevó á su mayor altura el poder de los pontífices, habiendo alcanzado la tiara por medio de un motín, después de haber envenenado siete papas para realizar su exaltación, lo cual no ha impedido que se hiciera de él un Santo, cuya apoteosis conmemora la iglesia el día 25 de Mayo. Hasta entonces el título de papa, abreviatura de *pater patrum*, fué universalmente empleado para designar al obispo de Roma.

Los apóstoles, atentos siempre á la doctrina del Maestro, viajaban pié á tierra de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, despreciando la muerte para llevar á los gentiles la buena nueva, acompañando su palabra con su ejemplo y con actos que justificaban la santidad de su misión; vivían en la pobreza y con un laudable desinterés curaban con la imposición de las manos todo linaje de enfermedades; ¿podemos decir lo mismo de los que, llamándose sucesores de aquellos, acedían al moribundo para robar su herencia á las viudas y el pan de sus hijos? ¿Podrá decirse lo mismo de los que en nombre de Dios pillan y roban en las ciudades, en los pueblos y en los campos el fruto del honrado trabajo de los católicos, fanatizados antes con este fin? ¿Podrá decirse lo mismo de esa tropa de holgazanes que, abusando de la inmerecida tolerancia que le dispensa el Gobierno, hacen escarnio de sus autori-

dades y se burlan de las leyes del país que los abriga en su seno? ¿Podrá decirse lo mismo de esa pandilla de malhechores que vende á la patria que los vió nacer, á la vez que forma su patrimonio de la riqueza de su privilegiado suelo? y por último ¿en virtud de qué derecho se permite á esa canalla vivir sobre el país, cuando no tiene otra credencial, ni otro título, que su traje ridículo y una ruyuela rapada en la cabeza.